



# Notas de Malacañang

Según información dada por don Vicente Albano Pacis de la Oficina de Información Pública, el veterano periodista Baldomero T. Olivera, que ha sido agregado de prensa del consulado general filipino en San Francisco, California, ha entrado a formar parte del personal de Malacañang, y oportunamente actuará de Secretario de Prensa. También anunció que otro periodista diplomático, Felipe Buencamino III, recién llegado de Roma, en cuya legación filipina era segundo secretario, ha sido destinado a Malacañang como funcionario de ligazón entre la Oficina del Presidente y el Departamento de Asuntos Extranjeros.

El Presidente Quirino elogió al párroco por su colaboración en la rehabilitación moral del país, en un mensaje que se perifoneó en la noche del domingo, con motivo de la Semana del Cura Párroco, celebrada este año en escala nacional bajo los auspicios del Colegio de S. Juan de Letrán. Leyó el mensaje el Secretario Ejecutivo auxiliar, Sr. Roxas. "El Cura párroco, termina diciendo el mensaje presidencial, tiene al presente una gran oportunidad de ayudar a dar impulso al mejoramiento de nuestro pueblo hasta el punto de estar dispuesto a prestar su tiempo y su energía en darse cuenta de sus problemas sociales y económicos y abrir el surco a una mayor cooperación social. Su poder para ayudar hoy a reedificar moralmente a nuestra nación debe arraigarse en esta acrecentada participación social en las urgentes responsabilidades de la moderna vida comunal."

El Presidente Truman ha agradecido las felicitaciones que el Presidente Quirino le envió con motivo de su toma de

posesión del cargo para el cual ha sido elegido.

Por motivos de seguridad, el Departamento de Asuntos Extranjeros ha ordenado al ministro en Nanking, Proceso Sebastián, que suspenda su marcha a China, cuya situación política se encuentra estos días tan insegura.

Son muy favorables las perspectivas de que se extienda la autorización concedida por la Comisión Marítima de los Estados Unidos a los armadores de buques de cabotaje de Filipinas para renovar sus privilegios, según informes recibidos del Embajador en Washington, Joaquín M. Elizalde.

La situación del campo de refugiados de Guiuan, Sámar, donde hubo un incidente que dió por resultado el envío de vuelta a China del que actuaba de jefe del grupo de refugiados, está en orden según informó el auxiliar técnico de Malacañang, Alfredo Eugenio, al Secretario Ejecutivo Teodoro Evangelista, a su llegada de Guiuan donde estuvo en representación del Gobierno. El Sr. Eugenio ha dicho que los refugiados a quienes se les permitió desembarcar, han expresado su agradecimiento por la hospitalidad que les ha otorgado el Gobierno filipino. Añadió que dichos refugiados se conducen bien, se muestran trabajadores, corteses, contentos y satisfechos. El estado de su salud es satisfactorio.

El comité técnico de aranceles y comercio extranjero del Concejo Nacional Económico está estudiando la proposición de la legación belga de reducir el arancel de las láminas de cristal y los cristales para ventanas. La petición belga se funda en el descenso repentino de la importación de cristales de Bélgica y otros países distintos de los Estados Unidos.

En respuesta a su mensaje de felicitación con motivo del cumpleaños del

General MacArthur, éste ha radiografiado al Presidente Quirino diciendo que reafirma su devoción a Filipinas y a su pueblo.

El sábado regresó el Presidente Quirino de su viaje a su pueblo natal, Vigan, Ilocos Sur, a donde había ido con un séquito nutrido y selecto del que formaban parte la mayoría de los Secretarios departamentales y cuatro diplomáticos, entre éstos el Ministro de España, Sr. Aguilar. Fueron a recibirle en el aeropuerto unas quince mil personas a las cuales dirigió la palabra. Les dijo que con su viaje a las varias regiones del Archipiélago había obtenido una visión completa de la situación del país y, por esto, se hallaba en mejores condiciones para considerar las necesidades y problemas que cada región tiene ante sí. "Ahora, dijo, puedo distribuir mejor la ayuda y los beneficios según el grado de necesidad de cada localidad." Aprovechó también la ocasión para contestar a sus censores, haciendo notar que sus viajes están de acuerdo con su norma de conducta de acercar el gobierno al pueblo, estudiando sus necesidades locales y dándoles solución. Declaró que no había hecho el viaje a Ilocos por el deseo de alardear. Citó el hecho de que le habían acompañado su familia oficial y varios diplomáticos extranjeros deseosos de ver por sí mismos las condiciones reinantes en el norte. Coincidió su viaje con la exposición de Vigan donde estaban expuestos los productos de las industrias domésticas procedentes de todas las provincias del norte. Refutando los cargos de extravagancia, dijo que cuando tomó posesión del cargo quiso ahorrar precisamente el dinero del pueblo, suprimiendo las costosas ceremonias y fiestas que ordinariamente se celebran con tal motivo.

su admiración. Sólo la fresca y cristalina agua de estos arroyuelos serán parte a acrecentarla, o conservarla tal cual, siendo así que no se siente mi corazón corroído por la carcoma de la envidia de las damas criadas en la Corte o en los regios palacios, ni de las ostentosas joyas que se echan sobre sí todo el mundo mujeril, las cuales sirven más al peso que al adorno.

Cuyas razones movieron al doncel a exclamar, saliendo al paso de su desconsuelo:

—Si se me hubiese atravesado duda alguna sobre si eran verdaderas o aparentes tus virtudes, ahora hubiese sacado en limpio de lleno en lleno su sinceridad. ¡Oh. Aurea adorada! ¡La prenda de mi amor más querida, sin la que esta edénica mansión, con todo y su esplendorosa feracidad, tendría por yerma y solitaria! ¡Oh tú, bella pastora idolatrada; obra maestra que el Sumo Artífice sacó de la profundidad de la nada para embeleso de la vista y solaz de sus oídos! Ya sé que es la tuya hermosura, amada mía, de tal suerte. que con agua del río, puesta una lencereja y sin otra compostura alguna, ni añadir hermosura advenediza, relumbra como estrella, por ser así que tu belleza estriba más en las virtudes que en otro cualquier aditamento, no como las damas de la Corte, que sólo cogen el exterior de la virtud y, mártires de la vanidad, las consume la sed de tener, aman por antojo, se fingen gobernando casas y sirviendo maridos, andan tan pulidas y acicaladas, buscando artificios y afeites postizos, tan curiosas en darse mucho a lo de sus atavíos y aderezos y prenderse al espejo con prodigalidad los alfileres. cubriendo sus defectos naturales con la naturaleza y precio de los vestidos, y quienes en componer el cabello, acomodarse los pliegues y aderezarse de toda gala cifran su voluntad, al punto extremo que las más dan qué decir a las gentes, ya que se pagan pronto de lo que ven pues cuanto ven se les antoja, apeteciendo inconstantemente de esas fruslerías y por poner todo su cuidado en la ostentación, dado que, poniendo en almoneda su buen parecer, y sin mirar por su recogimiento y honor, de la calle son vecinas tan y mientras que en su casa son huéspedes, siendo así que si no fuesen tan hazafiosas no se seguirían de ellas tantos males como de hecho vemos que ordinariamente suceden, que bien dice el refrán: “Cuanto más la mujer se mira a la cara, tanto más destruye su casa”.

”Mas, aunque no se me oculta que das el primer lugar a la dulce paz de estos bosques antes que a las riquezas, anteponiendo tus sencillos afectos a todo interés mundano, puesto que entre otros talentos y naturales dotes con que te honró naturaleza posees el de la humildad, mi inclinación no puede dar campo franco, porque no ha razón de negar su hacienda quien ya tiene entregada el alma y por creer que la pobreza es enemiga acérrima del amor, a verte de la forma en que estás, que si hasta este punto y hora hube despreciado los bienes que poseo, ahora los estimo como dádiva divina por otorgarme el placer de ponerlos a tus plantas, que bien dice el dicho: “Cuál mejilla, tal toquilla”, y, aunque no hay cosa en

el mundo que por ti no hiciese, te pido con suspiros que no aumentes la amargura que me produce separarme de ti.

... "Si anidas en tu pecho temor alguno de que por cualquier causa no pudiera regresar, te invito a que vengas conmigo a la Corte y, si es tu deseo, a contraer allí matrimonio, desposándonos con toda pompa y boato.

No cesó en un punto la doncella en sus lágrimas. Con todo, sacando fuerzas de flaqueza, sobreponiéndose a su dolor y sintiendo un accidente de temor y caimiento de corazón, exclamó resignada, delante la lealtad con que se comportaba su prometido:

—¡Oh, amado mío! ¡Príncipe encantado mis sueños, por quien aliento y sin el que mi vida fuera ya tan vacía y sin sentido que no haría al propósito el ser vivida, pues sin haberme dado a ti, todo te lo he dado, ya que mi corazón y mi alma parecen haber desamparado quien les dió vida, para acogerse en sus cuitas a tu persona! Pasa con la consideración adelante que mi vida tomó pie e hizo vuelo generoso el mismo momento en que mi amor hubo nacido y que, pues rindo en tus manos mi corazón y libertad, ya que te hiciste universal señor de mí, dejaré de latir en el mismo punto y hora en que aquél me falte.

"Siendo así que el mayor síntoma de esta profunda pasión que por ti siento es la ardiente necesidad de sacrificarme, si me doy en cuerpo y alma a tu juicioso dictamen es con placer, sin reservas y convencida de que así debe ser cuando tú lo dispones, amado mío.

"No puedo por tanto tomar a dos manos la invitación de ir atada a tu custodia. Ello daría a entender y mostraría a las claras recelos y desconfianzas que ni quiero ni debo tener, y, aunque pésame en el alma, no lo que me pide el deseo, sino lo que tú quieres, eso, señor mío enamorado, se haga, que el amor es obrar y si en la ciega obediencia del que ama a quien ama se hace patente el verdadero amor, pues que al fin he de estar a lo que tú quisieres, ya que nada rehusó de lo que a ti te parece, y puesto que tu voluntad es la mía, pues que se une a mí apretadísimo, pártete, que porque no te arrepientas luego de haber obrado de ligero ni yo quedé engañada por presurosa, tengo a buena dita que así lo pongas por obra, para que, al ofrecerse de nuevo ante tus ojos los placeres y regalos de la Corte, a vista de ellos juzgues si es aquella o aquesta otra vida la que más te inclina, mas, siendo así que la ausencia es muerte, ten por cosa certísima que no habrás de ir solo, que siempre mi alma irá a la par con la tuya a do quiera que fueres sin apartarse jamás un punto de su lado y que cosa del mundo habrá que de mi pensamiento te separe a lo largo de tu viaje, pues yo mío enamorado, nunca habré ya de poner los ojos en nadie si no es en ti y así no tendré noticia qué tal es la figura del hombre ajeno, pudiendo anidar en tu pecho la certeza de que siempre me has de hallar a tu regreso la misma que ahora te significa.



## CAPÍTULO VI

DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL BOSQUE Y QUE DARÁ ALCANCE  
EL QUE LEYERE.

Tras reducir la hacienda a dineros y aplicados a su servicio transformando su producto en gemas, aljófares y cuanto la fantasía de una bella pudiera dar realce a su deseo, hallábase ya de regreso nuestro mancebo Palatino del viaje que emprendiera a la Corte de Vandalia, transportando a lomos de varias caballerías su regalo, compuesto por plumajes, vidrios, corales, sedas, brocados, buhonerías, brinquiños, alhajas de todas clases y gran cantidad de dinero para hacer con todo ello digno presente de bodas a la sin par Áurea, y ajuarar la morada de deleites en la que de allí adelante vivirían una vez desposados.

Bañado por copioso sudor desde la planta del pie hasta el remolino de la cabeza, cubierto de polvo por la larga caminata, puesto en grande estrecho por los estragos de la sed y doblegándose por la agitación de la azarosa jornada, concurría a las inmediaciones del edénico paraje, llevando como norte de sus miras, a más de estrechar entre sus brazos

cuanto antes a su prometida, reponerse algún tanto y dar cumplida satisfacción a la imperiosa necesidad que acuciábale de gustar de la dulzura de un corto descanso, alzando el azote al paso con la frescura de la murmurante fuentequilla a los ardores de su garganta.

Al enderezar los pasos en derechura hacia el lugar que tan familiar le era, por ser innumerables las horas que allí había pasado junto a su hermosa pastora, excitaron poderosamente su curiosidad unos versos que hasta entonces nunca vió en la dura roca y en los que clavó avaramente los ojos al caer en la cuenta, por los rasgos de la letra, que fueron grabados por la mano de su adorada, lo que fué causa bastante para que, relegando al olvido su fatiga, pusiérase a leer con avidez el siguiente

### SONETO

*¡Oh luna, que iluminas al que quiero  
en la Corte feliz de Andalucía!  
¡Oh, aves, que lleváis al Mediodía  
dulces trinos de un piar cascabelero!  
Si encontráis al apuesto caballero  
por quien sufre y suspira el alma mía,  
decidle que al no haber su compañía,  
adolezco, agonizo, peno y muero.  
¡Que sin él es mi vida cruel tormento,  
mil veces superior al más nefando  
de cuantos concibieron los mortales!  
¡Que con él se partió mi pensamiento,  
el ser que le dió vida despreciando,  
paña mayor tormento de mis males!*

Versos que, a fuer de bienvenida, le pusieron delante de los ojos la constancia con que pagaba con su encendida afición la tierna joven enamorada a su amor y los que tuvieron la virtud de ensanchar su pecho, llenándolo de gozo, al par que de sus ojos brotaban dos lágrimas que la pasión arrancó de su alma.

Dándose por satisfecha luego su necesidad, por haber salido de la aflicción causada por la sed, con todo y su decidido propósito de verse cuanto antes entre los amorosos brazos de la dama de sus ensueños. cuando se halló en el verde y deleitoso bosquecillo que regaban las cristalinas aguas, el fragante perfume de las silvestres florecillas esparciéndose por doquier como fehaciente prueba de la dorada primavera y que llevaba alegres anuncios de la próxima estación estival, acudió a su memoria el gran contentamiento que su recuerdo le facilitara, al cargar el juicio sobre aquel otro tiempo, pasado y feliz, en que le tenían embriagado las

dulzuras de la vida y en que sentábase en la apacible ribera con harta frecuencia tan y mientras dejaba que el rebaño se solazase a sus anchas en el fértil y paradisíaco rincón, o boca arriba se entretenía en contar estrellas.

Con sumo deleite se puso a revolver en su mente las dulces horas pasadas allí mismo, sin más otro desvelo que alfiñar con los adornos del arte suaves endechas al son del rabel o la zampoña, sin que las contingencias del tiempo o los caprichos de la veleidosa fortuna le oprimiesen con innumerables penas, y donde se hubiera deslizado felizmente su bucólica vida pastoril si las travesuras del cruel Cupido no dieran al través con todo ello en el mismo punto y hora en que allí llegó buscando refugio y lugar de buen acogimiento que le hiciese relegar al olvido las mundanas galas, pues, tomando el vendado niño posesión de su voluntad, emponzoñó su alma con la envenenada saeta, como sangrante burla a su decidido propósito de huir de sus flechas.

Embelesado, no le llevó la atención la llegada de su amigo Rutenio, quien, sin hacer ruido ni distraerle, lo estuvo mirando de hito en hito algún rato, mas, al echar de ver que el enamorado doncel no parecía sino haberse convertido en estatua de sal, empozado como estaba en el piélago de los recuerdos, puso término a su comedida disposición de ánimo exclamando en son de chanza:

*—¡Ay de mí, que la miré  
para vivir lastimado,  
para llorar y gemir  
cosas del tiempo pasado!*

¡Evohé, señor Palatino! ¿Adónde entierra? ¿A qué esa cara de llora-duelos cuando está en vísperas de himeneo?

Se volvió el doncel, despidiendo de los ojos el grato sueño en que sus pensamientos teníanle sumido, y haciéndose del indignado, pagóle la burla al decir:

—¡Que siempre has de aguar mi dicha con tus inoportunidades! ¿A santo de qué viene esa pregunta?

—Por vuestra cara de melancólico —respondió con sorna el pastor—. ¡A fe que sois alma de otro cuerpo, tan suspenso y enamorado estáis! En toda ocasión os he de hallar piando y suspirando como portugués, perdido por los pedazos de la vuestra simpar Áurea.

—¿En qué lo echas de ver? —preguntó sonriendo el enamorado mancebo.

—En lo blanco de los ojos —contestó con mofa Rutenio.

Sonrió el doncel, echando a man izquierda la ironía de su amigo, y dijo:

—¡Siempre serás el mismo! ¡Genio y figura...! En fin, aproxí-

mate, mi buen amigo Rutenio. Dime, pues muero de impaciencia, ¿cómo está mi adorada? ¿Hace mucho que la viste? ¿Sigue tan hermosa?

—¡Poco a poco, señor enamorado! —replicó con su habitual tono chancero Rutenio—. ¡Vamos por partes! ¡No queráis recoger en un vaso toda el agua del mar! La señora de vuestros pensamientos está o debe de estar en su jardín, donde está que no hay más que ver de guapa. De hacer mucho, no lo hace que he visto recogiendo margaritas procurando el ornato de las rubias trenzas de su cabello, y, en lo tocante a si sigue o no tan hermosa, está firme el pueblo en que ha menguado su belleza, en virtud a que en el tiempo que estuvo vuestra merced ausente no ha habido rondador alguno que haya dado finiquito de sus días por su persona, aunque daré yo mi alcaldada en esto, al ser de parecer que, por el contrario, los que pasan hacen que madure esta verde fruta, siendo así que corren parejas sus gracias y encantos, por ser flor que promete fruto.

—¡Que nunca has de hablar en serio! —comentó el mancebo.

—¿Y para qué? —respondió el pastor—. ¡Menudo peso se me ha quitado de encima viéndome al fin libre de esta maligna peste de amor que antes me traía a mal traer y que incluso iba mermando hasta mi afición a empinar la bota!, lo cual, y entre nosotros, ya se comentaba en el pueblo como sintoma funesto.

Y a propósito de comentarios, puesto que viene como anillo al dedo, ¿sabe lo que de vuesa merced por ahí se ruge en la aldea a causa de sus amores?

—¿Qué murmuran de mí los censuristas? ¡A malas lenguas, tijeras para cortallas, Rutenio, pues cada necio tras su fuego dice mal del bien ajeno! —atajó con sequedad el doncel sin querer prestarle oídos—. Con mordazas habrían de refrenar la improba murmuración, siendo así que la malevolencia abusa de las alusiones para herir cobardemente a los que no se atreven a atacar rostro a rostro; que los maldicientes, Rutenio, al paso que son gente colmada de maldad, una vez descubiertos siempre hallan a la mano excusa en los equívocos a que se presta el lenguaje, dando a las palabras otro diferente viso, pues jamás hablan palabra que no tenga dos caras como las monedas. Por otra parte, ya sabes buen amigo, me gusta que me hablen de talenquera, no a lumbre de pajas, de gorja o papo, y, puesto que soy hombre de pocas palabras, he de tener inimicicia grande de andar en dísmeles, dísteles, carpiéndome o trabándome de cuestión con otras personas, averiguando chismeras y razones y dichos, que así se urden mentiras, cuestiones, revueltas y pleitos, por salir de tales murmuraciones primero las nuevas que los sucesos. Ten entendido, además, que si Dios da licencia a la murmuración, es para mayor ludibrio nuestro, ya que con harta frecuencia suele el murmurador, por la divina disposición, caer en lo mismo que baldona; mas, siendo lógico que al ser mía en todo y por todo tamaña beldad como la que prometida me es en matrimonio, se desenfrenen los mordaces y detractores, se atraviesen causas de envidia y odio y se arrojen sus lenguas contra mi honra, no debes prestar

mucha atención a cuanto digan, que de tener envidiosos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener; cual bien dice el dicho: "Envidia me hayas y no piedad y lástima".

"En fin, a este respecto, y pues el chisme en un congraciamiento engendrado en pechos ruines, debes seguir las máximas de Tácito en que dice: "Irritarse de las injurias es reconocer que tienen algún fundamento; desdenarlas es condenarlas al olvido". Pero dejando esto aparte, si en alguna ocasión oyes algo de nosotros, y aunque digan mal de mi silencio, debes decir a los maldicientes: "¿En quién ponéis lengua siendo quien sois? ¿Contra quién abris vuestra boca? ¡Decid a presencia suya lo que a espaldas suyas blasonáis!" No prestádoles mayor caso, dado que cuanto tratan contra mí es toda envidia y que en todo tiempo se usaron estos modillos de fisga, dejándolos por tanto andar con sus sofisterías por no dárseme un cuarto todo cuanto puedan decir.

—Aunque para mí tengo, doncel Palatino, que el silencio a una calumnia se reputa confesión, por aquello de que "el que calla otorga", puesto que así lo desea, punto en boca y, calla callando, no se hable más dello --añadió el pastor cómicamente, haciendo un gracioso mohín.